

## DE LAS NOCHES SERENAS Y MELANCOLICAS DE FRAY LUIS A LAS NOCHES ANGUSTIOSAS Y ESPERANZADORAS DE UNAMUNO

### INTRODUCCIÓN

Los tratadistas de la Literatura Española, cuando estudian la poesía de los siglos XVI y XVIII suelen hablar diversamente de las llamadas "Escuela Salmantina" y "Escuela Sevillana".

Sin querer analizar ahora la propiedad o impropiedad de tal denominación, sí me interesa observar que los citados grupos de poetas son, a mi ver, una muestra de las diferentes características que a lo largo de los siglos manifiestan los escritores de la soleada España meridional y los otros de las ásperas tierras centrales.

En efecto. Si leemos con atención, veremos cómo desde los poetas arábigo-andaluces hasta García Lorca o Alberti, pasando por Juan de Mena, Fernando de Herrera, Vicente Espinel, Góngora, el Duque de Rivas, Bécquer, los hermanos Machado, Juan Ramón Jiménez, Aleixandre, Pemán, etcétera, hallaremos en Andalucía una literatura ágil, hechicera y armónica muy diversa a la otra meditativa y severa que presentan los escritores castellanos contemporáneos suyos como Berceo, Arcipreste de Hita, Jorge Manrique, Fray Luis de León, Quevedo, Espronceda, Unamuno, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, etc.

Concretándonos hoy a los poetas catedráticos de la Universidad de Salamanca, Fray Luis de León y Miguel de Unamuno, fácil sería mostrar cómo a pesar de los siglos que los separan, los dos poseen rasgos propios de escritores que, viviendo en medio de una de las regiones más tradicionales de España y ante los mismos desnudos horizontes de las anchas tierras salmantinas, se consideraban a la vez ciudadanos de la universal república de las Letras.

Sin poder analizar aquí los humanísimos acentos que lanzan tras su hondo y grave meditar en torno a la verdad, Dios, la vida, la muerte, la naturaleza, el tiempo, la eternidad, etc., veamos la actitud de Fray Luis de León y Unamuno ante la noche llena de estrellas.

Las altas y despejadas tierras de Salamanca inclinan a mirar al cielo, allí casi siempre claro y descubierto.

De otro lado, sabido es que los estudios de Astronomía y Astrología se cultivaron especialmente en la Universidad de Salamanca. Recuérdese, por ejemplo, al judío Abraham Zacut y al Gran Piscator salmantino, don

Diego de Torres y Villarroel, así como la leyenda en torno a la Cueva de Salamanca y la gran pintura que cubría el techo de la antigua Biblioteca representando los signos del Zodíaco, parte de la cual aún puede hoy admirarse.

De ello testimonio también nos ofrece el propio Cervantes cuando, en el episodio de Marcela y Crisóstomo, el cabrero Pedro dice que el desdichado Crisóstomo:

Había sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales había vuelto a su lugar con opinión de muy sabio y muy leído.

Principalmente decían que sabía la ciencia de las estrellas y de lo que pasan allá en el cielo el sol y la luna, porque puntualmente nos decía el cris del sol y de la luna<sup>1</sup>.

Pedro Ciruelo, cuando habla de la nigromancia inventada por Zoroastro y los Magos de Persia, dice:

Es arte que en tiempos pasados se ejerció en nuestra España, que es de la misma constelación que la Persia, principalmente en Toledo y Salamanca. Más ya, por la gracia de Dios y con la diligencia de los príncipes y prelados católicos, está desterrada de todas las principales ciudades, aunque no del todo<sup>2</sup>.

Pero, lo que ahora más nos interesa es indicar que fue en Salamanca donde vivieron los poetas españoles que probablemente mejor se inspiraron ante los innumerables astros por los que hoy el hombre empieza a dar sus primeros y asombrosos pasos.

FRAY LUIS DE LEÓN: a) *Noches serenas*

A diferencia de Lope de Vega o de Quevedo que cantan o increpan desde el alborotado y bello mar de la vida en el que intensamente navegan, Fray Luis de León expresa sus ansias de huir del "mundanal ruido".

Para librarse del "vivir loco" "que ama el vulgo necio", el Catedrático salmantino ha encontrado una "escondida senda" que le llevará al disfrute de "goces verdaderos" y, más tarde, a la esperada "vida de cielo".

La música, la vida retirada, la contemplación del campo y del cielo lleno de estrellas, son para él un "secreto, seguro y deleitoso" camino, no de enajenación y de cobarde huida, sino de auténtica liberación. Una manera de enfrentarse serenamente consigo mismo y con la verdadera realidad y, a la vez, un puerto seguro donde descansar el "trabajador

<sup>1</sup> *El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, 1.<sup>a</sup>, XII.

<sup>2</sup> PEDRO CIRUELO: *Reprobación de la superstición y hechicerías*, Salamanca 1556. (Vid. MENÉNDEZ PELAYO: *Historia de los Heterodoxos Españoles*, Edic. Nacional del C.S.I.C., Madrid 1947, t. XXXVIII, pp. 356 ss.).

perdido" y del "mal no merecido", y donde curar las heridas de las flechas que "la envidia y la mentira" arrojan en el tempestuoso mar de la vida.

Veamos cómo el mayor poeta del Renacimiento español supo vivir intensamente cuando, al apagarse la luz del día, contempla con ánimo asombrado y despierto el anchísimo cielo lleno de estrellas que cubría a Salamanca.

Para comprobarlo, asomémonos a sus famosas *Odas a Diego Olarte* y a *Felipe Ruiz*, así como a otras auténticas canciones en prosa que hallaremos intercaladas en sus famosos *Nombres de Cristo* y en la *Exposición del Libro de Job*

Comentando lecturas por él muy meditadas, nos dice en esta última obra que la noche, así como tiene poder para "adormecer los cuerpos" y dar refrigerio a la naturaleza, lo tiene aún mayor para reparar y "despertar las almas":

Porque el suelo, dice, y sus cuidados impiden menos entonces; que, como las tinieblas lo encubren a los ojos, así las cosas dél embarazan menos el corazón, y el silencio de todo pone sosiego y paz en el pensamiento; y como no hay quien llame a la puerta de los sentidos, sosiega el alma retirada en sí misma; y desembarazada de las cosas de fuera, éntrase dentro de sí, y puesta allí, conversa solamente consigo misma y reconócese<sup>8</sup>.

Ya despierta y reparada el alma, ésta halla en la noche propicia ocasión de "tratar con el cielo", pues, según dice en el mismo Capítulo de la citada *Exposición del Libro de Job*:

Y como es su origen el cielo, avecnase a las cosas dél...; y subiendo sobre sí misma, desprecia lo que estimaba de día y huella sobre lo que se precia en el suelo, al cual con ello todo ve sepultado en tinieblas; y súbese al cielo, que éntonces por una cierta manera se le abre resplandeciente y clarísimo..., y en medio de la oscuridad de la noche le amanece la luz...

Según vemos, Fray Luis de León, cansado del áspero bregar diurno, anhelaría en múltiples ocasiones la llegada de las noches claras para en

<sup>8</sup> *Exposición del Libro de Job*, Cap. IV (*Obras Completas Castellanas* de Fray Luis de León, BAC, Madrid 1951, p. 865). Y dice así también en el mismo Capítulo: "Y con ser así que la noche es reparo de los miembros cansados... y que templá el aire encendido y que con su templada y saludable humedad, los árboles y las plantas se rehacen del día, y que su rocío baña y fertiliza las yerbas, ni las plantas, ni los árboles, ni los animales, y ni los cuerpos se reparan así con la noche cuanto las tinieblas della acarrean mejoramiento y salud al alma que en ellas vela."

Porque la tiemplan los afectos que la encendían en fuego, y la olvidan de lo que entre el día hace afán y trabajo, y la renuevan y la fortalecen y la bañan con el rocío del bien, que mezclado con gozos dulcísimos". (Citaré siempre por esta edición).

ellas sosegar su ánimo y lanzarlo a plena vela por anchos mares fecundos y favorables pues, como el propio fugitivo poeta nos dice, está acostumbrado:

... a hablar en los oídos de las estrellas, con las cuales comunico mis cuidados y mis ansias las más de las noches<sup>4</sup>.

Ahora bien, ante el gran silencio de los astros, el Catedrático salmantino también sabe escuchar asombrado el callado y armonioso concierto del firmamento, pues como dice el *Salmo* por él citado: "El cielo pregona la gloria de Dios y sus obras las anuncia el cielo estrellado".

Por ello, nada nos extraña que las noches serenas inspiren en el autor de la maravillosa oda al músico Salinas efectos análogos y superiores a los que en él despertaba la música:

Y llama música de los cielos a las noches puras; porque con el callar en ellas los bullicios del día, y con la pausa que entonces todas las cosas hacen, se echa claramente de ver, y en una cierta manera se oye su concierto y armonía admirable, y no sé en qué modo suena en lo secreto del corazón su concierto que le compone y sosiega<sup>5</sup>.

Es más, este "concierto y armonía admirables" de las estrellas, no sólo infunde en el ánimo, "los elementos y la tierra y el aire y los brutos", una paz y sosiego aún superiores a los que inspiran la música y la contemplación del campo, sino que Fray Luis lo considerará perfecto ejemplo de paz. Así canta en aquella verdadera oda en prosa a la paz y al cielo estrellado que pone en sus *Nombres de Cristo*:

Porque ¿qué otra cosa es sino paz..., esto que ahora vemos en el cielo, y que con tanto deleite se nos viene a los ojos? Adonde el ejército de las estrellas, puesto como en ordenanza y como concertado por sus hileras, luce hermosísimo, y donde cada una de ellas inviolablemente guarda su puesto adonde no usurpa ninguna el lugar de su vecina, ni la turba en su oficio, ni menos, olvidada del suyo, rompe jamás la ley eterna y santa que le puso la Providencia: antes, como hermanadas todas y como mirándose entre sí, y comunicándose sus luces las mayores con las menores, se hacen muestra de amor, y como en cierta manera se reverencian unas a otras... Y si así se puede decir, no sólo son un dechado de paz clarísimo y bello, sino un pregón y un loor... La cual voz y pregón, sin ruido, se lanza en nuestras almas... y pone... sosiego... con sólo tener los ojos enclavados en él con atención, sin sentir en qué manera...<sup>6</sup>

<sup>4</sup> *Nombres de Cristo*, "Rey de Dios", p. 547.

<sup>5</sup> *Exposición del Libro de Job*, XXXVIII, p. 1244. Recuérdese lo que de la "no precedera" música de "la más alta esfera" canta en la citada oda *A Francisco Salinas*. En la misma *Exposición del Libro de Job* dice: "se dice de Dios que da cantares en noche, porque siembra entonces el cielo con las estrellas, las cuales con su claridad, hermosura y muchedumbre convidan a los hombres a que alaben a Dios" (XXXV, p. 1197).

<sup>6</sup> *Los Nombres de Cristo*, "Príncipe de la Paz", pp. 585-6.

Pero el cielo "de innumerables luces adornado" no sólo repara y serena el alma del contemplador y la lleva a conocerse, sino que la enriquece y mejora con ansias ardientes y penas limpias que harán verter a Fray Luis lágrimas fecundas.

Oigámosle en su maravillosa *Oda a Diego Olarte*:

Cuando contemplo el cielo  
de innumerables luces adornado,  
y miro hacia el suelo  
de noche rodeado,  
en sueño y en olvido sepultado.

El amor y la pena  
despiertan en mi pecho un ansia ardiente;  
despiden larga vena  
los ojos, hechos fuente,  
Olarte, y digo al fin con voz doliente:

Morada de grandeza,  
templo de claridad y hermosura,  
el alma que a tu alteza  
nació, ¿qué desventura  
la tiene en esta cárcel baja, oscura?<sup>7</sup>

En esta misma *Oda*, y en la otra *a Felipe Ruiz*, le oiremos hablar con encendidos acentos de la "vida de cielo", vida en la que disfrutará de forma inacabable y segura los verdaderos bienes de la paz, el amor y la hermosura; y en la que, como buen renacentista, podrá al fin "contemplar la verdad pura, sin velo".

Es más, también veremos cómo generosamente arrastrado por caritativos anhelos que no sintieron otros grandes poetas, que solitarios paladearon el inefable mensaje de la noche, quiere hacer a los demás partícipes de su gozosa verdad, e incontinentemente exclama:

¡Oh!, despertad, mortales;  
mirad con atención en vuestro daño.  
Las almas inmortales,  
hechas a bien tamaño,  
¿podrán vivir de sombras y de engaño?

Según, pues, hemos podido comprobar, Fray Luis de León, partiendo de una intensa y limpia contemplación de las estrellas y del conocimiento que de ellas había en su época, no se ha detenido en el mero disfrute estético de la natural belleza que le ofrecían los sentidos, ni tampoco se ha adentrado en el estudio científico de la maravillosa estructura de la natu-

<sup>7</sup> Edic. cit., p. 1451.

raleza celeste como luego intentará el también poeta catedrático de Salamanca Torres Villarroel.

Apoyándose en todo ello y en meditadas lecturas que ampliamente comenta o utiliza, Fray Luis ha escuchado el concertado y silencioso lenguaje con que las estrellas recuerdan al hombre que es un ser destinado a saltar sobre los astros, ha desahogado y serenado su espíritu, y ha llegado a estados de ánimo de gran riqueza y elevación.

b) *Las noches tenebrosas y la llegada del día*

Junto a estas noches puras y serenas en que las estrellas “con su claridad y hermosura y muchedumbre convidan a los hombres a que alaben a Dios”, Fray Luis vive otras atormentadas que “aprietan su corazón” y “ennegrecen su imaginación” con espeluznantes terrores y fantasías.

Sabido es que, en efecto, este gran poeta llega al “gran consuelo” “por la pena”, y a la paz por la lucha dura.

Es decir, que el Fray Luis que canta con tan maravillosos acentos la paz del alma ha conocido en sí mismo los dolores del combate y de la inquietud. A tal respecto, acaso nada más elocuente que su poesía “En una esperanza que salió vana”.

En esta composición, una de las suyas en que más directamente manifiesta su dolor, las quince primeras estrofas se dedican a cantar sus angustias y sólo las 6 siguientes a añorar la vida retirada, clara superación—para él rara vez asequible— de su tormentoso vivir.

La poesía termina desgarradamente manifestando que el contento no le ha visto en tiempo alguno.

Este Fray Luis atormentado, y que en plena lucha no logra aún llegar a la serenidad de la victoria, es el mismo que en varios pasajes de sus obras en prosa nos habla de las noches terroríficas. De unas noches que con su oscuridad tenebrosa, producen fantasmas y melancolías que atormentan el alma:

...lo uno, porque en la noche en que se divierte el sentido menos, crecen más los cuidados que abrasan el corazón, el cual pega su ardor al lecho y al cuerpo; lo otro, porque las enfermedades de humor melancólico, cual éste era, toman fuerza con las tinieblas, que son la hora propia, cuando la melancolía hierve y humea; de manera que, si se vela, arden en negras llamas el lecho, y, si se duerme, acontece lo que luego añade... Porque el humor negro, movido con el sueño, turba en la imaginación las especies y tñelas de su mala color, de que resultan espantables figuras que atemorizan y espantan el ánimo del que duerme<sup>8</sup>.

<sup>8</sup> *Exposición del Libro de Job*, VII, 909.

Es decir, el mismo silencio de los sentidos que al alma preparada le servían para elevarse en noches serenas a la contemplación de lo alto, acrecienta ahora los cuidados del corazón turbado y dolorosamente desconcertado.

En otro pasaje del mismo Libro, Fray Luis repite afirmaciones análogas:

De arte que el tiempo cuando le fue revelado fue de noche, y en lo más hondo y oscuro de ella, cuando las tinieblas espesas y la soledad que nace del silencio de todo, causan horror en el ánimo, y cuando todo lo que se ve o se imagina ver, como no se devisa, hace asombro que espeluzna el cabello; y cuando el humor melancólico que, calentado con el sueño y esforzado con el alejamiento del sol, se mueve en el cuerpo, y con los humos que envía, apretando el corazón, y ennegreciendo la imaginación y sentido, cría sueños pesados y horribles<sup>9</sup>.

La oscuridad y la soledad nocturnas son, pues, contrarias para el corazón enfermo y débil, y Fray Luis no halla otro remedio que la esperanzadora y alegre llegada de la mañana, la llegada del sol "fuente de claridad y de luz que todo lo alumbraba, redonda y bellísima"<sup>10</sup>.

En efecto, léase su maravillosa descripción de la mañana, a mi ver la más hermosa que hallamos en la prosa castellana, y véase cómo vuelve a insistir en la pesadumbre que oprime el corazón durante las tinieblas de la noche:

Pues el frescor del aire de entonces tiembla con grande deleite el humor calentado con el sueño, y cría salud y lava las tristezas del corazón<sup>11</sup>.

Es decir, que el atormentado agustino, desde las noches terroríficas, esperanzadoramente anhelaría la llegada de las luminosas mañanas, de forma análoga a como en la poesía anteriormente citada, desde su doloroso infortunio añoraba la vida libre y retirada.

Para comprender la causa de estos invencibles terrores y melancolías nocturnas que, en ocasiones, "ennegrecían la imaginación" y "apretaban" el corazón de Fray Luis, acaso nos ayude lo que él mismo dice cuando, preso en los calabozos inquisitoriales de Valladolid, pide en 1571 a la monja de Madrigal, Ana de Espinosa:

Una caja de polvos que ella solía hacer y enviarme para mis melancolías y pasiones de corazón, que ella sola los sabe hacer, y nunca tuve de ellos más necesidad que ahora<sup>12</sup>.

<sup>9</sup> Id., IV, 865.

<sup>10</sup> *Los Nombres de Cristo*, "Pimpollo", 414.

<sup>11</sup> *La Perfecta Casada*, VI, p. 274.

<sup>12</sup> PEDRO DE LORENZO: *Fray Luis de León*, Novelas y Cuentos, Madrid 1970, p. 84.

## FRAY LUIS Y UNAMUNO ANTE LA VERDAD Y EL SABER

Pero pasemos ya de las noches serenas o melancólicas de Fray Luis, a las noches angustiosas y esperanzadoras de Unamuno.

Sin querer detenernos en ello, es preciso recordar el tremendo duelo que, entre anhelantes miradas dirigidas a Dios, mantuvieron en el alma de Unamuno, vida, fama e inmortalidad; frente a muerte, olvido y nada.

Sin poder tampoco adentrarnos en el tema, creo conveniente acercarnos más a la trágica lucha que en el interior de Unamuno también se entabló entre el racional saber de su época, y su verdad y su fe.

Fray Luis de León, consciente de la cortedad de nuestra vista y de nuestra vida para conocer aquí la entera verdad, sabía:

Que Dios vence nuestro saber, y que sería, no grande como es, sino limitado y pequeño, si pudiese de nuestro angosto ingenio ser entendido<sup>13</sup>.

Ahora bien, el hecho de que "nuestra alma" unida a un cuerpo corruptible y deleznable no pueda ver aquí "la verdad pura, sin velo", no sume en desesperanza a Fray Luis<sup>14</sup>.

Todo lo contrario, nuestro máximo escritor renacentista, como antes Sócrates y San Agustín, sabía que la verdadera verdad era luminosa, vital y segura, y, así, dice que "la verdad como no se muda es una y siempre hubo quien la supiese"<sup>15</sup>.

Y en otra parte escribe:

¡Oh cómo es luz la verdad, y cómo ella misma se dice y se define y sube en alto y resplandece y se pone en lugar seguro y libre de contradicción!<sup>16</sup>.

Pero cuando Unamuno escribe, epocales saberes científicos y filosóficos difunden malas nuevas que amenazan convertir en áridos desiertos los más ricos y jugosos campos de su espíritu.

Desde tan adversas circunstancias, y roto el escudo de su fe católica, este recio luchador ibérico mantuvo un impresionante y prolongado combate interior entre el mortal saber de su época y la "vivificante" verdad de su insegura fe.

<sup>13</sup> *Exposición del Libro de Job*, XXXVI, 1211.

<sup>14</sup> "Y como nuestro cuerpo por ser de lodo, es corruptible en su ser mismo, nuestra alma, que está casada con él, es deleznable en su querer y entender", *Exposición del Libro de Job*, IV, 867.

<sup>15</sup> *Ob. cit.*, V, 991.

<sup>16</sup> *Los Nombres de Cristo*, "Brazo de Dios", p. 545.

Así, heridos "frente y pecho" por el "sol desnudo" de un terrible saber irrespirable, una y otra vez increpa y condena el agua amarga y estéril de la ciencia epocal, incapaz de acallar su "sed insaciable":

No me resignaré, no...  
 .....  
 ... y no a la noria  
 del saber triste con esclavo trote  
 regar haré. Que esa agua de la ciencia  
 al ánimo nos mete cual calambre  
 la desesperación...<sup>17</sup>  
 ... Que las lechuzas  
 de Minerva, que no ven más que a oscuras,  
 pues las deslumbra el mediodía, busquen  
 en la noche su presa. No lechuzas,  
 águilas nuestras almas, que muriendo  
 vivan por ver la cara a Dios <sup>18</sup>.  
 Levanta de la fe el blanco estandarte  
 sobre el polvo que cubre la batalla  
 mientras la ciencia parlotea, y calla  
 .....  
 Hay que vivir...  
 y ¡hay que morir! exclama. Pon tu parte  
 y la de Dios espera...<sup>19</sup>

Es más, reconociéndose en tinieblas, llega a pensar esperanzadoramente si su acongojante "noche" será castigo de su superficial libertinaje de pensamiento; si su asfixiante oscuridad será como la del cóndor ciego que en medio de resplandeciente luz va buscando "la luz de vida con sus cuencas ciegas" por altísimas zonas irrespirables, o si, incluso, será camino para llegar a la luz cercana como la repentina ceguera de Saulo <sup>20</sup>.

<sup>17</sup> *Rosario de Sonetos Líricos* (1911), Irresignación, MIGUEL DE UNAMUNO, *Obras Completas*, Edic. de MANUEL GARCÍA BLANCO, Edit. Escelicer, Madrid 1966, t. IV, p. 394. Citaré siempre por esta edición.

Véase el interesante prólogo que ROBERTO PAOLI pone en la traducción antológica de las *Poemas* de Unamuno (Firenze 1968), antología en la que ofrece mucho más de lo que el título anuncia.

<sup>18</sup> *El Cristo de Velázquez*, 1920, "Aguila", p. 436.

<sup>19</sup> *Rosario de Sonetos Líricos*, Razón y Fe, p. 367.

<sup>20</sup> "Dios antes nos cegó para traernos / como a Saulo, camino de Damasco, / a morir a tus pies, y con tu muerte / darnos la luz a cuya busca errábamos / por las alturas del mortal saber". *El Cristo de Velázquez*, "Miguel", p. 457.

"Hiéreme frente y pecho el sol desnudo / del terrible saber que sed no muda; / no bebo agua de vida, pero sudo / y me amarga el sudor, el de la duda; / sácame, Cristo, este espíritu mudo, / creo, tú, a mi incredulidad ayuda". *Rosario de Sonetos Líricos*, "Incredulidad y fe", p. 361.

"Luchando así comprendo que el arcano / de tu poder es de mi fe el abrigo. / Dime, Señor, tu nombre, pues la brega / toda esta noche de la vida dura... / y el

Es lo cierto, sin embargo, que en Unamuno la "noche oscura", al revés que en San Juan de la Cruz, le duró toda la vida, y que, apoyándose fundamentalmente en sus propias fuerzas para la titánica empresa, si bien no rindió su espíritu, tampoco sació su sed con el agua fresca y vivificante de una fe y de una esperanza firme.

UNAMUNO: a) *Noches angustiosas y esperanzadoras*

Tras lo expuesto hasta aquí, nada nos extrañará pues que, en Unamuno, la contemplación de los mismos cielos que serenaban y, a la vez encendían con ardientes ansias el ánimo de Fray Luis, se convirtieran frecuentemente en fuente de inquieto meditar.

Ciertamente que Unamuno, de forma análoga a Fray Luis, se inspiró abundantemente y enriqueció su espíritu con intensas lecturas largamente meditadas, con la directa contemplación de la naturaleza vista a pleno día y con la consideración del vivir humano.

Carlos Clavería, sin embargo, ha visto "claras simpatías selenitas" en don Miguel, y afirma que "es un ejemplo de hombre que filosofó, vivió y poetizó so la luna"<sup>21</sup>.

En relación con este sector de la creación literaria de Unamuno, acertadamente visto por Carlos Clavería, yo añadiría que el nocturno filosofar, vivir y poetizar de Unamuno, surgió fundamentalmente "so la luna" y las estrellas.

Es cierto que, a diferencia de su grande y admirado amigo el extraordinario poeta Gabriel y Galán, Unamuno debió escribir y concebir buena parte de su obra encerrado en su despacho en noches silenciosas<sup>22</sup>.

Recordemos, por ejemplo, composiciones suyas como "Es de noche en mi estudio" (*Poesías*, 1907), los cuatro sonetos "En horas de insomnio" (1911), "Vuelven a mí mis noches" (*Rimas de dentro*, 1923), etc., etc.

Sin embargo, el silencio de la noche múltiples veces debió llegar con estruendo hasta su escritorio, pues este gran contemplador de la natura-

---

alma, así vencida, no sosiega / hasta que salga de esta senda oscura". *Rosario de Sonetos Líricos*, "Señor, no me desprecies", p. 389.

"Don Juan de las ideas que cortejas / todas las teorías, libertino / del pensamiento... / No amor a la verdad, sino lujuria / intelectual fue siempre el alimento / de tu mente. / ... más ella se vengó de tal injuria / haciendo estéril a tu pensamiento". *Rosario de Sonetos Líricos*, "Don Juan de las ideas", p. 400.

<sup>21</sup> CARLOS CLAVERÍA: *Temas de Unamuno*, Edit. Gredos, 1953. "Don Miguel y la luna". Mi querido profesor y amigo, el desaparecido unamunista D. Manuel García Blanco, no hace mención especial de Don Miguel en una interesante conferencia suya inédita sobre *La luna y los poetas* que he podido consultar, gracias a la amabilidad de su viuda doña Leo Ibáñez.

<sup>22</sup> "Mientras ellos trabajan es cuando escribo mis versos. Todos ellos los hago en el campo, tumbado en el santo suelo, a la sombra de una encina... En mi casa, en la cueva de despacho, viendo delante plumas y chirimbolos, soy incapaz de escribir un aleluya". JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN: *Obras Escogidas*, Introducción, selección y notas por Alberto Navarro González, Salamanca 1971, p. 24.

leza, abierta de par en par su ventana y puesto a cielo descubierto, hizo de las noches claras y llenas de estrellas templo y hogar principal donde su espíritu se debatió tratando de ver la cara a Dios.

En efecto. Asomándonos a sus poesías, fácil nos será comprobar cómo desde 1907 hasta tres días antes de su muerte Unamuno incesantemente interroga, medita o grita sus anhelos y esperanzas ante las estrellas.

En ocasiones, don Miguel se serena o entretiene, bien contemplando la dulce belleza de la luna que suavemente ilumina flores o agua, bien el grandioso espectáculo del cielo lleno de estrellas: "La luna y la rosa" (*Romancero del destierro*), "Puesta de luna" (Id.), "Noche de río, la luna" (*Cancionero*, 9-X-1929), "La media luna es una cuna" (Id., 24-XI-1929), "Los dedos de la luna" (Id., 20-XII-31), "Visión de madrugada" (Id., 26-XII-1928), "Van las tres Marías en el Carro Triunfante" (Id., 25-XII-1928), "En la copa de noche de la encina" (Id., 2-III-1929), "La Madre del Libro, la Noche sagrada" (Id., 28-III-1929), "Lucero de la mañana" (Id., 31-III-1929), "Noche de orilla de río" (Id., 20-VIII-1930), etc.

Sin embargo, en la mayoría de los casos Unamuno, de análoga manera que antes Fray Luis y Meléndez Valdés, se pone ante las estrellas en trance de eternidad, y se debatirá entre acongojantes preguntas y esperanzadores silencios.

En efecto, numerosísimas son las composiciones en que vemos a don Miguel mirando fijamente las estrellas, "radio-escucha del infinito, esperando el grito del Señor" (*Cancionero*, 30-III-1929).

El, como un asceta cristiano, tenía plena conciencia de la insignificancia física de su yo frente al infinito firmamento. El también en el mismo cristianismo, había aprendido que superaba en valor y perennidad a toda la ciega materia, inferior —según San Juan de la Cruz— a un pensamiento humano.

Ahora bien, inseguro ya de que Dios siguiera manteniendo eternamente al pequeño ser llamado Unamuno, pregunta anhelante a los astros. Veamos cómo, pretendiendo desentrañar los tremendos jeroglíficos trazados por la mano de Dios en el espacio, atormenta en ocasiones su espíritu hasta la exasperación con acosantes preguntas, al no poder captar la "larga honda" de la voz divina que en mudo lenguaje habla a través de los astros.

Recuérdese, por ejemplo, su poesía "*Aldebarán*" sobre la que más adelante hablaremos, o cómo pregunta en "*Viendo una estrella errante*":

¿Viene del infinito tenebroso  
y al infinito va, tal vez, rodando?

.....  
¿No tiene tino acaso?

¿Y las demás estrellas? <sup>23</sup>

<sup>23</sup> *Poesías sueltas*, p. 824.

Asimismo, en *La Torre de Monterrey a la luz de la luna*, Unamuno, despiertos en el silencio nocturno "los recuerdos — de tras la vida", dice a la cercana Torre que desde su ventana contempla:

Torre de Monterrey, dime, mi torre,  
¿tras de la muerte el Sol brutal se oculta  
o es la Luna, la Luna compasiva  
del sueño madre?<sup>24</sup>

Con más agudo grito, así lanza al rostro mismo de Dios su pertinaz pregunta en "*Vuelven a mí mis noches*":

De este pobre Unamuno,  
¿quedará sólo en nombre?...  
¡Oh, silencio infinito!  
¿No se quebranta tu impasible seno  
con nuestro grito?<sup>25</sup>

Y oigamos, por último, cómo en el siguiente *Soneto* compuesto en sus últimas Navidades aún sigue preguntando a las estrellas, anhelante y angustiado:

Cuán me pesa esta bóveda estrellada  
de la noche del mundo, calabozo  
del alma en pena...  
.....  
Qué chico se me viene el universo  
¿y qué habrá más allá del infinito,  
de esa bóveda hostil en el reverso  
por donde nace y donde muere el mito?<sup>26</sup>

En otras ocasiones, Unamuno, abrumado por el ensordecedor silencio del infinito que la noche le manifiesta, devana la conciencia de su pequeñez y de su nada, con acentos diversos a los que antes utilizaron Young y su seguidor Meléndez Valdés:

La tierra un día cruzará el espacio  
celeste convertida en cementerio  
de civilizaciones...  
Cruzarán, vanidad de vanidades,  
muerta, la soledad de soledades,  
sin principio, sin fin y sin objeto.<sup>27</sup>

<sup>24</sup> *Poesías*, 1907, p. 182.

<sup>25</sup> *Rimas de dentro*, 1923, p. 534.

<sup>26</sup> *Cancionero*, 21-XII-1936, p. 1423.

<sup>27</sup> "En horas de insomnio", *Poesías sueltas*, p. 881.

Don Miguel, claramente nos dice:

Gramófono celeste, las estrellas  
son el trazado del divino disco  
en el que lee Francisco  
deletreando huellas  
de música de las esferas puras<sup>28</sup>.

Pero Unamuno, a diferencia de San Francisco y de San Juan de la Cruz, no sabe ver claramente las divinas huellas que ostentan los lejanos y brillantes astros:

Recaderos olvidados  
del recado; las estrellas  
nada nos dicen, sus huellas  
no sabemos distinguir<sup>29</sup>.

Por ello, nada nos extraña que "En las noches malas — de los sueños malos" pida la ayuda del "ángel de su guarda", y Sirio, la Estrella Polar o Aldebarán con su "luz de sangre", hieran su anhelo de eternidad<sup>30</sup>.

Sin embargo, creo que del "misterioso hogar" que, según Unamuno, nos aguarda en el "pecho de Dios", pocas realidades le infundirían tan esperanzadoras ansias como los lejanos astros brillando en la noche; como aquel "silencio eterno de los espacios infinitos", que ya hizo estremecer a su admirado Pascal, y que él intensamente contemplaba en las "dulces negras noches" de Salamanca.

En efecto. Repetidamente expresa en sus poesías que son los astros y su silencio clara voz que nos habla de Dios y del esperado eterno pervivir.

En una de sus poesías, escritas frente al mar, ya dijo:

Es música la mar, literatura,  
letra la tierra;  
.....  
Canta la mar mientras la tierra escribe  
la triste historia...  
.....  
El canto de la mar es monodía  
.....  
la letra de la tierra una tragedia<sup>31</sup>.

<sup>28</sup> *Cancionero*, 30-III-1929, p. 1222.

<sup>29</sup> *Cancionero*, 16-X-1929, p. 1293.

<sup>30</sup> "¿Hay quién haga creer que es por acaso / que rima Sirio, cirio de suprema cima, / con martirio y delirio?" (*Cancionero*, 27-III-1929, p. 1218). "En las noches malas / de los sueños malos / ángel de mi guarda / guárdame" (Id., 1935, sin fecha, p. 1416).

<sup>31</sup> *Romancero del Destierro*, 1927, p. 756.

Veamos cómo, puesto frente a la noche, también sabe escuchar, aunque en diversa forma que Fray Luis, el musical silencio de los astros.

Ciertamente que esta música tenía para él, a veces, estremecedores acentos. Pero en otras numerosas ocasiones le inspirará esperanzador canto o infundirá en su ánimo sueño reparador o "dulce olvido", si bien éste de naturaleza diversa al de Fray Luis de León:

¿Qué es la gloria de Dios sino el poema  
que los cielos entonan?

¡A ese santo poema  
manda tu nota!

¡Canta, alma mía, canta,  
para que no te mueras!<sup>32</sup>  
Cantábanme las estrellas,

.....  
y el alma se me hizo cielo  
y el cielo se me hizo alma;  
en medio de las estrellas  
cantaban de Dios las alas<sup>33</sup>.

Canta la noche; arrulla el sueño dulce  
de los rendidos hijos de la vida;  
canta la noche, y con su canto vierte  
un *dulce olvido* en los llagados pechos;  
canta la noche y con su canto lava  
las visiones que al alma congojosa  
le metió bajo el sol que el cielo cierra  
el silencio mortal del mediodía<sup>34</sup>.

Según hemos podido ver, con su silenciosa música la "noche pura", "clara" y "serena", engendra ensueños, olvidos y esperanzas que, "a la cruda luz que quema", se agostan.

Por ello, en incontables composiciones, y a lo largo de todo su crear poético, Unamuno cantará sus mejores y más serenas esperanzas en el templo de la noche abierta, llena de astros.

Una "noche dulce, negra y fría" que aliviará su espíritu, y a la vez será símbolo de su esperanzadora y dura oscuridad:

Vendrá la noche, la que da la vida  
y en que la noche al fin el alma olvida,  
traerá la cura;

.....  
vendrá la calma...  
vendrá de noche...<sup>35</sup>

<sup>32</sup> *Poesías sueltas*, p. 831.

<sup>33</sup> *Cancionero*, 28-III-1928, p. 973.

<sup>34</sup> *Poesías*, p. 271.

<sup>35</sup> *Romancero del destierro*, 1927, p. 746.

El cielo sobre mi frente  
descansa; en su inmensidad  
nácenme ideas; la mente  
de Dios, cofre de verdad,  
se me entreabre...

.....  
en tinieblas el asilo  
donde se abriga la fe<sup>36</sup>.

Unamuno sabe que "En las estrellas escrito / queda el Verbo y su pasión" (*Cancionero*, 30-III-1929). Por ello, anhelantemente mirará e interrogará hasta las vísperas mismas de su muerte la misteriosa bóveda más allá de la cual se halla Dios, y allá tratará de alimentar sus combatidas esperanzas de eternidad, no dudando, a veces, en doblar su rodilla ante el misterio de Dios:

Misterio; la noche brilla  
de Dios, polvo de sus huellas;  
el corazón se arrodilla  
y se da un baño de estrellas<sup>37</sup>.

Y en otra parte:

Cuelga de aquella estrella —ella es tu broche—  
tu último ensueño;

.....  
De ella el caudal de tu esperanza pende,  
tu paz final;  
que allí empieza la eternidad, allende  
lo natural<sup>38</sup>.

Para comprender adecuadamente toda esta interesante literatura unamuniana en torno a la noche y a los astros, creo que no debemos olvidar un hecho.

Me estoy refiriendo a la insistencia con que, según podemos ver en su *Cancionero*, se inspira en las hermosas y frías noches de las Navidades.

Ciertamente que en diciembre y enero brillan las estrellas en una atmósfera que los vientos y los hielos hacen más transparente, hasta el punto de inspirar el cantar popular:

A la luna de Enero  
te he comparado,  
que es la luna más clara  
de todo el año.

<sup>36</sup> *Cancionero*, 18-VIII-1928, p. 1056.

<sup>37</sup> *Cancionero*, 27-VI-1930, p. 1337.

<sup>38</sup> *Cancionero*, 7-IX-1934, p. 1408.

Sin embargo, creo que junto a la contemplación de un firmamento más despejado hay que tener también muy en cuenta los recuerdos y vivencias religiosas que el ambiente propio de la época litúrgica le despertaría en los días navideños:

Luna nueva, noche llena  
reinan solas en república  
—sino agosto— las estrellas,  
sombra pura, paz profunda<sup>39</sup>.

Noche del cielo desnudo,  
desnuda noche del cielo,  
consolación del desvelo  
de tener que alzar escudo.  
Noche serena del alma,  
noche del alma serena,  
alma noche toda llena  
de serenidad de calma.  
Noche de Cristo dormido,  
vela su sueño la Luna,  
pácenle estrellas la cuna,  
ponen la cruz en olvido<sup>40</sup>.

Ciertamente que algunas de las composiciones escritas en Navidad también recogen pertinaces zozobras tuyas ante el misterio (“La Luna al telescopio”, “Cuán me pesa esta bóveda estrellada”, “Morir soñando, sí, más si sueña”). La mayoría, sin embargo, figuran entre las que expresan su más consoladora esperanza, y algunas son auténticos villancicos que la recia y lozana infancia, presente en el interior de Unamuno, lanzaba al Niño-Dios desde su balcón en las frías y hermosas noches navideñas:

Van las tres Marías en el Carro Triunfante,  
Sirio las escolta;  
dulcemente las guía  
por la Dehesa de Dios la Boca  
de la Bocina;  
Aldebarán se enciende;  
.....  
La Cruz, a la cruz de la Boca,  
la Cruz de estrellas, celestial madera  
desde siempre y hasta siempre les aguarda<sup>41</sup>.

<sup>39</sup> *Cancionero*, 24-XII-1928, p. 1125.

<sup>40</sup> *Cancionero*, 17-XII-1929, p. 1285.

<sup>41</sup> *Cancionero*, 25-XII-1928, p. 1127.

*En la noche, madre del sueño,  
 Gaspar, Melchor, Baltasar;  
 la estrella nos lleva a su Dueño*<sup>42</sup>.  
 Melchor, Gaspar, Baltasar;  
 tres magos, Baltasar negro;  
 noche negra, van los magos,  
 y el negro mirando al cielo;  
 de las estrellas se ríe,  
 .....  
 Dios les aguarda riendo;  
 magia de risa les cría,  
 negra noche, Dios sin ceño.  
 Dichosos los que se ríen,  
 que dormirán sin ensueños<sup>43</sup>.

Prueba de la positiva y esperanzadora influencia que el ambiente religioso de determinadas épocas litúrgicas tenía en el crear poético de Unamuno ante los astros, es también la siguiente composición escrita el Viernes Santo del año 1928:

Bajo la capa de estrellas  
 oigo el silencio de Dios,  
 .....  
 Yo solo en el Universo,  
 perdido en contemplación,  
 .....  
 Soledad de soledades,  
 que nos une en el Amor;  
*por encima de los cielos  
 mira y calla el Dios de Dios*<sup>44</sup>.

Recuérdese también el nombre "Luna" que da a Cristo crucificado en su famoso Poema *El Cristo de Velázquez*, nombre que por cierto difiere del más propio que Fray Luis de León le asigna cuando, en sus inapreciables *Nombres de Cristo*, a boca llena le llama "Sol inmenso y clarísimo" pues que, como verdadero Dios que es, tiene luz propia y vivificante y no meramente recibida<sup>45</sup>.

b) *Las noches negras y la llegada del día*

Al hablar de Fray Luis de León, vimos cómo las noches serenas refrigeraban la naturaleza y los espíritus fatigados del sol y del bregar diurno.

<sup>42</sup> *Cancionero*, 5-XII-1929, p. 1310.

<sup>43</sup> *Cancionero*, 5-I-1931, p. 1367.

<sup>44</sup> *Cancionero*, p. 976.

<sup>45</sup> Vid. ALBERTO NAVARRO GONZÁLEZ: *El tema de la Pasión de Cristo en los Poetas de Salamanca*, Salamanca, Pregón de 1969.

También pudimos ver cómo, en otras ocasiones, la llegada del día desahacía terrores y melancolías engendradas por las tinieblas y pesadillas nocturnas.

Sin tan clara y consecuente diferenciación como en Fray Luis, también en Unamuno el día unas veces hará despertar de sueños y zozobras engendradas en "noches malas", mientras en otras ocasiones el "sol mortal del mediodía" aparece quemando vista y alma, guarecidas en "serenas noches claras".

Veamos cómo, en su soneto *La mañana*, atribuye a ésta análogos efectos que al "baño de estrellas", cantándola como liberadora de sus nocturnas zozobras:

Dulce azul de la luz del alma cielo,  
 .....  
 ... limpio velo,  
 que tapas, y tapándolas ayudas  
 a las estrellas a verternos celo  
 del infinito; ...  
 .....  
 es para el alma perfumado baño  
 donde recibe el íntimo alborozo  
 zozobra y dicha de entrañable engaño<sup>46</sup>.

Y en otra parte:

¡Hombres de Dios, levantáos!  
 sale el sol de la mañana  
 de la eternidad que sana  
 de la noche; ...<sup>47</sup>

Asimismo, frente a las tinieblas del mortal saber científico en que se mueven las lechuzas de Minerva, así vimos que contraponía la deslumbrante, clarísima y cegadora luz del sol de la fe:

... Que las lechuzas  
 de Minerva, que no ven más que a oscuras,  
 pues las deslumbra el mediodía, busquen  
 en la noche su presa. No lechuzas,  
 águilas nuestras almas, que muriendo  
 vivan por ver la cara a Dios<sup>48</sup>.

<sup>46</sup> *Cancionero*, 19-XII-1933, p. 1384.

<sup>47</sup> *Cancionero*, 20-VII-1929, p. 1269.

<sup>48</sup> *El Cristo de Velázquez*, 1920, "Águila", p. 436. De análoga manera se expresa en "Luna nueva, luna muerta": "Minerva, la de ojos glaucos, / no mira el sol, cuyo brillo / mata el saber; es el águila / que anida en peña —castillo—, / la que clava en él sus ojos / y ciega de esfuerzo místico". *Cancionero*, 22-IV-1932, p. 1375.

Sin embargo, en la mayoría de sus composiciones canta la noche como mensajera de lo eterno, y abiertamente, rehuye la llegada del día, ocultador de estrellas:

Canta la noche y con su canto lava  
 las visiones que al alma congojosa  
 le metió bajo el sol que el cielo cierra  
*el silencio mortal del mediodía*<sup>49</sup>.

En otra composición, así expresa su huida de la cruda y quemante luz del día hacia la tibia noche:

No te abrases las pestañas,  
 no te cuezas las entrañas  
 a la cruda luz que quema,  
 noche dulce, negra y fría,  
*mirando al cielo de día*  
*no lees de Dios el poema*<sup>50</sup>.

#### MELÉNDEZ VALDÉS Y UNAMUNO

Pero el inquieto meditar de Unamuno ante los astros, en ninguna composición quedó más amplia y variadamente expresado, si no con mayor intensidad y belleza, que en su famoso poema *Aldebarán*.

Oigámosle interrogar anhelantemente una vez más a los astros:

Rubí encendido en la divina frente  
 Aldebarán,  
 lumbrera de misterio,  
 perla de luz en sangre,  
 ¿cuántos días de Dios viste a la tierra,  
 mota de polvo,  
 rodar por los vacíos?

.....  
 Y más allá de todo lo visible,  
 ¿qué hay del otro lado del espacio?  
 Allende el infinito,  
 di, Aldebarán, ¿qué resta?<sup>51</sup>

Como Fray Luis de León, también Unamuno desea conocer la inconcebible inmensidad que muestra la noche, pero bien vemos que lo que

<sup>49</sup> *Poesías*, 1907, p. 271.

<sup>50</sup> *Poesías*, 18-V-1929, pp. 1249-50. Y seguidamente escribe el mismo día: "Dulce Noche negra y tibia, / que de certidumbre alivia, / va soñando el arrebol, / está al nacer la mañana, / con la mañana la gana / de vivir, ya miente el sol", (p. 1250).

<sup>51</sup> *Rimas de dentro*, pp. 545-46.

principalmente quiere escuchar de los astros es la seguridad de su propio eterno pervivir. Por ello, con incontenible anhelo preguntará por su pobre yo al lejano e inmenso Aldebarán:

¿Oyes al sol?  
 ¿Me oyes a mí?  
 ¿Sabes que aliento y sufro en esta tierra,  
 —mota de polvo—,  
 rubí encendido en la divina frente,  
 Aldebarán?

Aldebarán calla, pero Unamuno esperanzadoramente se aferra a su silencio, y concluye el impresionante poema:

¡Si la verdad Suprema nos ciñese  
 volveríamos todos a la nada!  
 De eternidad es tu silencio prenda,  
 ¡Aldebarán!

Ahora bien, ¿es plenamente original y sincero el poema de Unamuno que acabamos de citar?

Naturalmente que tratándose de poetas intelectuales y eruditos, como fueron Fray Luis de León y Unamuno, fácilmente podemos comprobar cómo entre ellos y la realidad directa y apasionadamente vivida o contemplada, frecuentemente hallamos interpuestos los cristales de lecturas más o menos conscientemente utilizadas.

En el concreto caso de *Aldebarán* se ha citado ya el nombre de Leopardi, e incluso el de Fray Luis de León más conscientemente utilizado por Unamuno en otras composiciones que ya hemos visto<sup>52</sup>.

Reconociendo la difusa influencia de Leopardi, creo que resulta más concreta y fácil de señalar la que también ejercen Meléndez Valdés y el poeta inglés Young, admirado y seguido por el famoso prerromántico español<sup>53</sup>.

<sup>52</sup> Véase la interesante introducción de Roberto Paoli en su citada traducción antológica de la *Poesías* de Unamuno.

<sup>53</sup> En relación con las evidentes influencias de determinados escritores ingleses sobre Meléndez Valdés, bien directamente bien a través de traducciones francesas, recordemos lo que el propio Meléndez dice en sus cartas a Jovellanos, aun cuando no podamos tomar a la letra sus juveniles afirmaciones y haya que anteponer en otros casos el influjo de escritores franceses (Vid. GEORGES DEMERSON: *Don Juan Meléndez Valdés et son temps*, París 1962) y también de otros españoles como Fray Luis de León.

"Estoy aprendiendo la lengua inglesa, y con un ahínco y tesón indecible. La gramática de que me sirvo es la inglesa-francesa de M. Peyton; pero más que todo, me aprovecha el frecuente trato con dos irlandeses de este Colegio, criados en Londres y que nada tienen del acento de Irlanda; ya traduzco alguna cosa y entiendo muy bien la pronunciación y algarabía de las letras..."

"Yo desde muy niño tuve a esta lengua y su literatura una inclinación excesiva,

Veamos, en efecto, cómo Meléndez Valdés, que a veces sigue a Young y otras a Fray Luis de León, lanza acentos análogos a los que una angustia existencial más acosante dictará luego a Unamuno<sup>54</sup>.

Escuchemos, en primer lugar, algunas de las múltiples preguntas que en la forma y hasta en concretas expresiones y vocablos recuerdan otras posteriores de Unamuno que ya vimos:

¿Qué es de la tierra oscura  
este átomo del polvo que orgulloso  
devastándolo agita el hombre insano?

Decid, pues, encendidos  
globos, que ardéis sin número,  
fanales que ornáis el manto de la noche umbría  
rodando en esas playas eternas.

Decid, globos, decid, ¿dónde le agrada  
de su faz la belleza  
mostrar a este Gran Ser?

¿Dónde soles gloriosos  
está este más allá que nunca veo?<sup>55</sup>

Es cierto que aunque Unamuno también pregunte “¿Qué es lo que hay del otro lado del espacio?”, las preguntas no son las mismas en los dos autores, y que Meléndez Valdés, apoyándose como Young en más

---

y uno de los primeros libros que me pusieron en la mano, y aprendí de memoria, fue el de un inglés doctísimo”.

“Al ensayo sobre el entendimiento humano (de Locke) debo y deberé toda mi vida lo poco que sepa discurrir”. (Salamanca y Agosto de 1776, BAE, LXIII, p. 73).

“Hemos recibido la traducción del célebre *Paraíso Perdido* y hoy no hemos leído más que la mitad... Nos ha llenado infinito”. (Salamanca y Octubre 18 de 1777).

“Yo quise seguir en algo el vuelo del inimitable Young y aquel aire original inglés; pero esto no es para Batilo, por mucho que se esfuerce”. (Salamanca y Junio 12 de 1778).

“Pope en este verano me ha llenado de deseos de imitarle, y me ha puesto casi a punto de quemar todas mis poesías..., más valen cuatro versos suyos del *Ensayo sobre el hombre*, más enseñan y más alabanzas merecen que todas mis composiciones”. (Salamanca y Noviembre 3 de 1778).

Sin querer traer las numerosas coincidencias entre Meléndez Valdés de un lado, y Pope y Young de otro, recordemos cómo el traductor de Young dice en la Noche 21:

“No nació el hombre para que curioso / aprenda y sepa cuanto el mar encierra, / sino para que admire y religioso / adore, hincada la rodilla en tierra” (p. 280).

A su vez así escribe Meléndez Valdés en la Elegía V, *Mis combates*: “El eterno Saber que nos dio vida / para el cielo medir o el mar salado, / sino para a él labrar-nos la subida”. (Edic. cit. p. 252).

<sup>54</sup> Véase, por ejemplo, su Oda *La noche y la soledad*: ¡Oh noche! ¡oh soledad! en vuestro seno / sólo hallo el bien y en libertad me miro”. (BAE, LIII, p. 225).

<sup>55</sup> MELÉNDEZ VALDÉS, Oda XVI, *A las estrellas*, BAE, LXIII, p. 230.

segura fe y esperanza, acabará retirándose lleno de respeto y de sincera adoración a Dios por quién "concertado / está todo".

Oigamos, cómo Meléndez Valdés expresa segura esperanza de su propio eterno pervivir frente a las inmensas moles de los astros condenados a perecer:

Fenecerán los astros, desunida  
su masa de cristal; en el medroso  
caos la tierra vagará perdida;  
.....  
mas tu ser inmortal, al alarido  
y universal ruina preservado,  
brillará a par del querubín lucido.  
La eternidad le abrazará...<sup>56</sup>

Ahora bien, la presencia de otras idénticas voces y expresiones, y la viva imprecación a Sirio de quién también habla Unamuno, fundamentan aún más la suposición de una directa influencia de Meléndez Valdés en Unamuno.

Dice así Unamuno en su *Aldebarán*:

¿No anhelas, di, juntarte tú con *Sirio*  
.....  
y besarle en la *frente*?  
¿Sois hermandad? ¿Te duele,  
dime, el dolor de Sirio,  
*Aldebarán*?<sup>57</sup>

Por su parte Meléndez Valdés, que ya en su Oda *A un lucero* a él se dirige diciendo: "Oh hermosísimo lucero — que sobre *mi frente brillas*", así escribe en el *Discurso 3.º*:

Los ojos subo al cielo y centelleando  
soles sin cuento en *tronos de oro* veo  
sobre *mi frente* atónita girando.  
.....  
Afánase sin fruto; y silencioso,  
sólo adora al Gran Ser  
que bastó a echarlos  
cual *polvo* en el espacio luminoso<sup>58</sup>

<sup>56</sup> MELÉNDEZ VALDÉS, Elegía V, *Mis combates*, edic. cit., p. 253.

<sup>57</sup> De Sirio vuelve a hablar Unamuno en diversas ocasiones: "Se pone Sirio tras la chimenea", (*Poesías sueltas*, 1911, p. 878); "Van las Tres Marías en el carro Triunfante", (*Cancionero*, 25-XII-1928, p. 1127); "En la copa de noche de la encina / tirita al hielo Sirio", (Id., 2-III-1929, p. 1318); "Sirio sobre las crestas de mi España", (Id., 14-IV-1929, p. 1233).

<sup>58</sup> BAE, LXIII, p. 259).

Es más, en la misma composición, Meléndez Valdés se dirige al lejano astro de una forma directa y anhelante, análoga a la que luego utilizará Unamuno:

*¡Siriol! ¡Brillante Siriol!*  
*¿Más vecino cómo no estás a mí?*  
*¿Por qué no siento*  
*cual el del sol tu resplandor benigno?*

Ahora bien, no hay que olvidar que las imágenes y expresiones con que los dos poetas salmantinos designan a los astros: “polvo”, “globos”, “tronos”, “joyas que adornan la frente de Dios”, “átomos” que ruedan en el espacio, etc., aparecen antes en el poeta inglés Young.

Así traduce a Young el Canónigo don Juan Escoiquiz:

*¡Qué de globos sin fin, y cuán distantes*  
*veo a mis pies como átomos brillantes*  
*rodar con orden vario y prodigioso*<sup>59</sup>.

Puede que sean otros tantos *tronos resplandecientes* en que estén majestuosamente sentados los ministros del ser eterno<sup>60</sup>.

Es más, cuando Unamuno considera a los astros como

*lucientes jeroglíficos*  
*que la mano de Dios trazó en el cielo,*  
 .....  
*y siempre indescifrables*  
*ruedan en torno a nuestra pobre tierra...*

Y lo mismo cuando ve a Aldebarán como “rubí encendido en la divina frente”, nos hace pensar en análogas expresiones e imágenes de la citada traducción de Young<sup>61</sup>.

<sup>59</sup> *Obras Selectas de... Young*, Trad. de Don Juan Escoiquiz (3.ª edic.), Imprenta Real, Madrid 1804, Noche 21, t. 3, p. 262.

<sup>60</sup> Id., Noche 20, p. 245.

También en la citada traducción se habla de cuando las celestes esferas creadas por Dios “en *polvo* se disuelvan” (Noche 3.ª) y de que Dios “ve los astros como un *polvo* agitado debajo de su elevado *trono*” (Noche 5.ª).

Asimismo en la Noche 20 nos vuelve a hablar de “ese pueblo de *globos* prodigioso”, y muy asombrado se pregunta “¿Quién esos vastos *globos*... los arrojó inflamados?” y “¿Por qué cuanto abraza nuestra vista... la bóveda del cielo y *encendidos globos* que en su extensión giran perdidos y se inflaman?” (p. 231). “Ese sinfín de *globos* que la tierra / por todas partes cercan” (p. 235).

<sup>61</sup> Dice Young —traducido en castellano— “las figuras complicadas que forman interpolándose en sus danzas, presentan a nuestra vista los *caracteres jeroglíficos* de su magnificencia incomparable, que componen enlazados la gran cifra del Todopoderoso”. (Noche 20, p. 246).

En otra parte, refiriéndose a los astros, también los considera “como una cons-

Es más. La misma idea de la tumba, tan frecuente en Young, acaso no sea ajena a los siguientes versos del final de *Aldebarán* que, sin embargo, encierran un sentido muy diverso:

¡Sobre mi tumba, Aldebarán, derrama  
tu luz de sangre,  
y si un día volvemos a la tierra  
te encuentre inmoble, Aldebarán, callando  
del eterno misterio la palabra!<sup>62</sup>

El hecho de que no existan en la Biblioteca de la Universidad de Salamanca, ni en la particular de Unamuno las obras de Young, ni la traducción castellana de don Juan Escoiquiz, parece que podría llevarnos a afirmar que ni Meléndez Valdés ni Unamuno utilizaron directamente las fuentes citadas<sup>63</sup>.

Para el caso de Meléndez Valdés, según ya ha visto Demerson en su obra anteriormente citada, la fuente directa debió ser la traducción francesa que Le Tourner hizo de Young en 1770, uno de cuyos ejemplares se encuentra en la Biblioteca de la Universidad de Salamanca.

Este ejemplar, que dado su perfecto estado de conservación debió ser muy poco utilizado, pudo ser leído igualmente por Unamuno, quien también pudo leer a Young en otra biblioteca.

Lógico parece, pues, pensar que en el concreto caso de *Aldebarán* Unamuno, consciente o inconscientemente, utilizara expresiones e imágenes halladas por él en Meléndez Valdés y en Young.

Y más que precisar en cuál de ambos autores se fijó su recuerdo, creo que lo interesante para nosotros es observar cómo el prerromántico Meléndez Valdés adopta análoga actitud meditativa ante las mismas noches claras que inspiraron a Fray Luis y a Unamuno.

Las deudas de Meléndez Valdés con su admirado Fray Luis de León son claras y fáciles de precisar.

Difícil parece, en cambio, tratar de hallar afinidades entre el extremeño Meléndez Valdés y el vasco Unamuno, ambos hondamente enraizados en Salamanca.

---

telación de millares de ricos diamantes..., engastados en un solo anillo que brilla en un dedo tuyo". (Noche 21, p. 283).

Más adelante, en verso castellano, así hace hablar a Young el Canónigo zaragozano: "¿De quién confío yo ser venturoso / ..... / sino de ese Dios sumo, generoso, / que de la diadema que de su augusta frente / ciñe, dejó caer la refulgente / multitud de astros / que a sus plantas giran?" (Noche 24, p. 353).

<sup>62</sup> Young desea que en su tumba se escriba que sólo en Dios descansa el alma humana, con la esperanza de vida eterna; y poco antes dice: "Estos ojos que yo abro todavía / dejarán de ver presto este luciente / astro" p. 349).

<sup>63</sup> En la Biblioteca de Salamanca hay, en cambio, dos ejemplares de la traducción incompleta de Don Juan Escoiquiz (1789-1797) en la que, precisamente, faltan las Noches últimas que inspiraron a Meléndez Valdés y que pudieron inspirar a Unamuno.

Pero, si más que en las juveniles composiciones del "dulce Batilo" nos fijamos en el maduro autor de las Odas, Elegías, Epístolas y Discursos, no será difícil encontrar afinidades, coincidencias y hasta concretas influencias como las anteriormente señaladas.

Sin pretender enumerar y analizar aquí todas, y reconociendo las grandes diferencias existentes entre ellos, compárese, por ejemplo, la *Oda a mis libros* de Menéndez Valdés y la otra famosa de Unamuno a *Salamanca*.

En ambas, en efecto, los dos poetas, utilizando el mismo metro sáfico-adónico, se dirigen cálida y directamente a sus queridos libros o a su ciudad, que "quietud" y "calma" les inspiran<sup>64</sup>.

El hecho mismo de que, en el primer libro de *Poesías* que edita Unamuno en 1907, utilice la citada estrofa sáfico-adónica, no sólo en su maravillosa oda *A Salamanca* sino en otras de análogo clima poético como *Castilla*, *El mar de encinas*, *La Torre de Monterrey a la luz de la luna*, *En la Basílica del Señor Santiago de Bilbao*, *Las magnolias de la Plaza Nueva de Bilbao* y *A la corte de los poetas*, hace pensar que el incipiente poeta Unamuno tuvo en cuenta al autor de la oda *A mis libros*.

Es más, en varias de las mencionadas composiciones de Unamuno hallamos actitudes y temas análogos a los de Meléndez Valdés, si bien tratados de forma nueva.

Así, en *A la corte de los poetas*, Unamuno increpa a los falsos vates cortesanos tan desdeñados también por Meléndez Valdés, y en *La Torre de Monterrey a la luz de la luna*, como luego en tantas otras composiciones; el Rector de Salamanca se inspira en la misma "piadosa luna" que tantos versos dictó al prerromántico extremeño, según ya vio Azorín en *De Granada a Castelar*<sup>65</sup>.

En relación con todo ello no hay que olvidar que, con motivo de la fulgurante aparición y temprana muerte (1905) del joven poeta salmantino Gabriel y Galán, tan admirado por Unamuno, se habló entonces bastante

<sup>64</sup> MELÉNDEZ VALDÉS: "Fausto consuelo de mi triste vida, / donde continuo a sus afanes hallo / blandos alivios, que la calma tornan / plácida al alma", (BAE, LIII, p. 198).

UNAMUNO: "Bosque de piedras que arrancó la historia / a las entrañas de la tierra madre, / remanso de quietud, yo te bendigo, / ¡mi Salamanca!", (*Poesías*, p. 179).

Interesante resulta también observar, cómo mientras Unamuno pide a Salamanca guarde su recuerdo cuando él muera, Meléndez Valdés, en la Oda *A mi lira*, pide a ésta salve su "nombre del olvido".

<sup>65</sup> El renacentista Fray Luis de León, en cambio, no fijará especialmente su atención en la pálida luna, si bien en su *Oda a Diego Olarte* ve a "La Luna cómo mueve / la plateada rueda, y va en pos della / la luz do el saber llueve, / y la graciosa estrella / de amor le sigue reluciente y bella". También en su *Exposición del Libro de Job* ve la majestuosa belleza de la luna presidiendo el ejército de estrellas, cuando dice: "La luna va acompañada de ejércitos de luces clarísimas, y ella como señora entre ellas y como emperatriz ambiciosa y pomposa" (XXXI, 1144).

sobre las evidentes afinidades y posibles influencias de Meléndez Valdés en Gabriel y Galán.

Por último, creo conveniente también recordar cómo Meléndez Valdés y Unamuno contemplaron idénticos paisajes y paladearon lecturas comunes; cómo los dos añoraron siempre los felices años de la infancia; cómo vivieron de cerca, aunque en forma diversa, la realidad histórica de sus respectivas épocas y conocieron la desdicha del destierro (si bien el de Unamuno fuera más corto y llevadero), y cómo ambos adoptaron análoga actitud ante el saber científico epocal contra el que apasionadamente se sublevaron en nombre de la sabiduría y de la vida<sup>66</sup>.

### CONCLUSIÓN

Con todo ello, repito, me interesa principalmente hacer constar cómo Fray Luis de León, Meléndez Valdés y Miguel de Unamuno, Poetas-Profesores de la Universidad de Salamanca, adoptaron —aunque en diversa manera— análoga actitud meditativa y trascendente al enfrentarse con los astros en las noches serenas.

Y lo digo, pues es evidente que Unamuno no se asomó a contemplar tan anhelante e insistentemente desde la “pobre tierra” “ese polvo de astros” esparcido por el firmamento, porque antes que él lo hicieron en análogas noches salmantinas Fray Luis de León y Meléndez Valdés, o ante cielos diversos el inglés Young y el italiano Leopardi.

Unamuno, de análoga manera que Fray Luis de León, puesto ante los astros nos deja un claro ejemplo de poesía culta y a la vez sincera y viva.

Una poesía que, utilizando más o menos conscientemente imágenes o expresiones léidas en anteriores escritos, expresa de forma auténtica, bella e impresionante, su personal actitud ante la inmensidad astral que le muestran las noches claras.

Unamuno no dejará ninguna composición que alcance la maravillosa belleza de la *Oda a Diego Olarte*; pero sembradas quedan sus obras de cálidos y humanísimos acentos y de bellos aciertos expresivos nacidos en la prolongada contemplación de los astros.

<sup>66</sup> Oigamos cómo Meléndez Valdés levanta su voz contra la “congojosa ciencia” y “los necios sabios” de un “siglo corrompido” que, “en su estéril saber desvanecido / grita, contiende, opina / de ignorados errores nos instruye”: “Esta llama divina / pura, inmortal, que en nuestro pecho arde / del Supremo Hacedor plácido aliento, / tampoco al vano alarde / de congojosa ciencia se destina”. (BAE, LXIII, Discurso 2.º, *El hombre fue creado para la virtud*, p. 257). “El eterno saber que nos dio vida / para el cielo medir o el mar salado, / sino para a él labrarnos la subida”. Y oigamos su decepción ante la ciencia al comprobar, como luego Unamuno, que no puede apurar “de los seres / las esencias”: “Aplíqueme a las ciencias creyendo en sus verdades / hallar fácil alivio / para todos mis males”. (Oda 28, *De las ciencias*, p. 99). “¿Y con qué fruto? A las gratas / ilusiones que de niño / me embriagaban, sucedieron / mil tétricos desvarfos. / Dudar, cavilar y nada / de cierto. Vago perdido / de encontradas opiniones / por un ciego Laberinto / sin encontrar quien me diese / de Ariadna el feliz hilo”. Romance LI, *Mis desengaños*).

En conclusión. He tratado de mostrar cómo dos poetas catedráticos de la Universidad de Salamanca, enriqueciendo su interior con meditadas lecturas y con la contemplación del mismo cielo estrellado, supieron expresar en distintos siglos hondas inquietudes y ansias, propias de hombres pertenecientes a la llamada civilización occidental y que, como tales, no se instalaban plenamente satisfechos en el tiempo ni en la tierra.

Fray Luis de León, que poseía cierta esperanza de que sólo más allá de la muerte y de los astros podía ver la cara a Dios y a la verdad, serenará y a la vez encenderá su espíritu con ansias ardientes de la esperada "vida de cielo".

Miguel de Unamuno que desde diversas circunstancias espirituales quiso que los astros le dijeran, aquí y ahora, el misterio de Dios y de su eterno pervivir, se debatirá inacabablemente entre dudas y esperanzas.

Pero es lo cierto que tanto Fray Luis como Unamuno, al contemplar desde el mismo suelo el mismo cielo, si bien en forma distinta, se pusieron en trance de eternidad y se consideraron minúsculos pero inmortales habitantes de un cosmos inmenso pero acabable.

Es decir que, sin detenerse en la simple descripción de los hermosos cielos sembrados de estrellas, y a diferencia también de los románticos españoles y de poetas andaluces como Juan Ramón Jiménez o Lorca, Fray Luis de León y Unamuno, aunque en diversa manera, adoptaron análoga actitud meditativa y trascendente. Y los dos, también, intentaron comprender el mudo lenguaje con que las estrellas les hablaban diversamente de un anhelado pervivir individual situado más allá de todo tiempo y todo espacio.

ALBERTO NAVARRO GONZÁLEZ